
Rusia y la Unión Europea

Xavier Vives



La situación en Ucrania y la potencial agresión por parte de Rusia recuerdan el encuentro del primer ministro británico Neville Chamberlain con Hitler en Munich en el año 1938. Lo he pensado con la reciente película *Munich en vísperas de una guerra*. En efecto, la cesión de territorio checo a Alemania, sin consultar a sus habitantes, con el beneplácito de las potencias occidentales, se cree que mostró a Hitler la debilidad de las otras potencias europeas y puso los cimientos de futuras agresiones y la guerra.

Vladimir Putin ha evaluado que, debido a la debilidad de EE.UU., por el fiasco de Afganistán y la preocupación creciente por el peso de China, y de Europa, por su desunión y dependencia del gas ruso, es el momento de obtener concesiones territoriales tras anexionarse Crimea en el 2014.

La lección de 1938 en Munich es que no se puede apaciguar a los dictadores. Ahora bien, Hitler resultó ser un loco, de carácter irracional, mientras que Putin tiene un plan a largo

plazo que entronca con el imperio de los zares y de la Unión Soviética con una estructura autoritaria. No puede permitir un país fronterizo como Ucrania con una democracia liberal que mira a Occidente. Rusia se considera estafada por los avances de la OTAN en los países vecinos y quiere estar rodeada de estados satélite como Bielorrusia o, como mucho, “neutrales” como Finlandia.

Nadie sabe adónde quiere llegar Putin, y esa es una ventaja del que lleva la iniciativa y piensa que es mejor empezar una negociación con una amenaza con 100.000 soldados en la frontera con Ucrania. El objetivo puede ser simplemente mantenerla debilitada y

Hay que avanzar hacia la integración de las políticas de defensa y energía europeas

promover un cambio de gobierno favorable mientras consolida el control en las repúblicas separatistas del Donbass. Más problemática parece la posible alianza con China para hacer frente a las democracias liberales y consolidar el modelo autoritario en el mundo. No es casualidad el activismo de Rusia en el Sahel, con Francia en retirada, y el apoyo a las autocracias de Venezuela y Nicaragua. La

“cooperación estratégica” con Pekín da a Rusia la garantía de que su débil peso económico (entre el de España y el de Italia) no sea un lastre para sus ambiciones, tanto para tener suministros necesarios de alta tecnología como para exportar energía. De momento, su banco central ya ha acumulado gran cantidad de reservas para soportar sanciones económicas.

Las respuestas de EE.UU. y de la UE son diferentes. EE.UU. pone énfasis en la inminencia de una invasión, mientras que Europa y Ucrania le quitan hierro. Biden amenaza con sanciones financieras a Rusia en caso de invasión (algunas poco creíbles como la desconexión del sistema de pagos Swift). El problema es que las repercusiones recaerán mayormente en Europa en un invierno en que el gas ruso es fundamental. La UE tiene poco margen de maniobra debido a la falta de políticas comunes de defensa y de energía. Mario Draghi ya lo dejó claro y para colmo los grandes empresarios italianos se han reunido telemáticamente con Putin. Alemania no quiere renunciar al gasoducto Nord Stream 2 tras su precipitada salida de la energía nuclear. Es chocante que Biden tenga que asegurar el suministro de gas en Europa con Qatar.

La UE progresa a golpe de crisis. Esta podría servir para avanzar hacia la integración de las políticas de defensa y energía que son imprescindibles para ganar “autonomía estratégica” y confrontar las ambiciones rusas en el futuro.●

X. VIVES, economista y profesor del IESE